

¿Qué es una lengua?

HUMBERTO LOPEZ MORALES (Cuba, 1936)

LOS SIGNOS

Cuando intentamos cruzar una calle y nos encontramos con que el semáforo está en rojo, nos detenemos. Hemos entendido el mensaje y obramos en consecuencia porque esa luz roja significa "deténgase". Hay varios aspectos interesantes en este simple hecho que vale la pena comentar.

Primero, que el color rojo tenga aquí un significado especial, y segundo que ese significado sea enteramente convencional, ya que no hay nada en el color mismo que lleve implícitamente la idea de detenerse. Fuera del código de las luces del tránsito, el color rojo puede significar otras cosas, o simplemente nada. Si vemos una pequeña bandera roja izada junto a una excavación o colocada al final de unas largas vigas transportadas por un camión, el rojo significa "peligro"; en lenguaje literario puede significar "violencia" o "Pasión"; hablando de temas políticos, puede aludir a un partido particular (*Es un rojo*), y de temas deportivos, a un equipo (*Pertenezco a los rojos*).

Este ejemplo nos lleva a pensar en tres cosas diferentes: a) que el color rojo del semáforo es un *signo*, es decir, una cosa que quiere decir otra. En efecto, si el rojo del semáforo quisiera decir sólo "color rojo" como el de otras luces del mismo color usadas en anuncios comerciales o en adornos, entonces no sería un signo, porque no significaría nada más; b) que el significado de ese rojo es completamente arbitrario. Si nos pusiéramos de acuerdo todos, podríamos cambiar el sentido que tiene el rojo en las luces del tránsito, haciendo que significara, por ejemplo, "siga" o también podríamos suprimirlo de ese código, haciendo que fuera el azul u otro color el que significara "deténgase". Claro que aunque esto es perfectamente posible en teoría, en la práctica no sería tan fácil hacerlo, pero, ello se debe a otras razones (la ventaja que significa la aceptación universal de dicho código, sin ir más lejos) y no a la naturaleza misma del signo, cuya significación es arbitraria e inmotivada en su origen, y c) ese signo *rojo*, con el arbitrario sentido de "deténgase", pertenece a un *código* particular, el de las luces *de* tránsito. Fuera de él, este signo no existe como tal.

En las lenguas que hablamos, cada una de las palabras es un signo. Cuando en español decimos *mesa*, *libro* o *flor* estamos produciendo tres pequeñas series de sonidos: m t e + s + a, etc., pero se trata de series de sonidos diferentes de otras: *spfic*, *ulfrz* y *ntmai*. Las primeras series significan algo en nuestra lengua, las reconocemos como palabras que pertenecen al idioma español; las segundas, no. Sin embargo, una cosa es decir una palabra que significa 'mesa' y otra es una mesa de verdad, un objeto real, un mueble. Al decir mesa no sale de nuestra boca una mesa real, sino una palabra que evoca, que representa una mesa. Luego si esta palabra, como cualquier otra, significa algo que ella no es (es sólo una serie de sonidos) estamos ante un signo.

Pero en realidad tampoco tenemos una mesa real en nuestra cabeza lo que tenemos almacenado en nuestro cerebro es la *idea* de mesa. El signo consta de dos elementos, la serie de sonidos que emitimos y el significado que tienen: ese significado coincide con la idea que tenemos en la memoria de los objetos olvidados al efecto, todos tenemos una idea de lo que es una mesa; se trata, sin duda, de una abstracción, pues a nuestro alrededor hay muchas mesas *diferentes*, por su tamaño, su forma, el material de que está hecha, el color, el estilo, etc. De esas mesas reales que hemos visto formamos una idea general y abarcadora cuando adquirimos nuestra lengua materna: la idea, que se corresponde con una determinada cadena de sonidos (m - e + s + a) almacena en nuestra memoria. Esto hace que el signo lingüístico esté compuesto por dos elementos inseparables, cómo las dos caras de una moneda; uno es el *significado*, la idea; el otro es el llamado *significante*, es decir, la forma *fue* contiene al significado (el conjunto de sonidos en nuestro ejemplo). Los objetos reales, las mesas de verdad, no forman parte del signo, sino de la realidad que nos circunda. Esta realidad es, naturalmente, la que nos produce las ideas.

¿Y por qué a ese mueble que todos conocemos se le llama mesa? ¿Hay algo en ese objeto que determine lógicamente tal nombre? Se podría responder que el español llama *mesa* a ese mueble porque heredó el nombre del latín, su lengua madre, que decía *mensa*. Pero ¿y el latín? Si rastreáramos, hasta los orígenes mismos, comprobaríamos que se trata de un nombre dado casualmente o al menos sin relación de causalidad. Ese bautizo ha sido muy parecido al de las personas: nace una niña y se le pone Julia, María. Carmen o Luisa: pero el nombre no depende de la niña misma ni de sus características, si no de la voluntad o el capricho de sus padres.

Las palabras derivadas como *mesero*, *librería* o *florista* son también signos arbitrarios en su origen, pero se trata de una arbitrariedad mediatizada puesto que parten de una base léxica (*mesa*, *libro*, *flor*) ya convencionalizada.

Este carácter inmotivado del signo es casi general, pero hay algunas excepciones: aquellas palabras que tratan de imitar sonidos, como los verbos *cacarear* y *croar*, que intentan reproducir el canto de la gallina y de la rana respectivamente: Son las llamadas palabras onomatopéyicas. Aquí también entran el *tic-tac* del reloj, el *rin-rin* del timbre, etc.

Obsérvese que estos signos son sólo para un código particular: la lengua española. Fuera de ella, como el rojo del semáforo fuera del código de la circulación urbana, no significan nada o significan otra cosa. Para un francés o un norteamericano (que no supieran español) la palabra mesa no es un signo lingüístico es sólo una cadena de sonidos, unos ruidos incomprensibles. Como ellos utilizan otros códigos, disponen de otros signos diferentes: el francés *table*; el inglés *table*, como *livre* y *book* para el español *libro*. Una prueba más de la arbitrariedad del signo, pues si las cosas debieran nombrarse de acuerdo a una cualidad inherente, se llamarían igual en todas las lenguas.

EL SISTEMA

Los signos que componen las lenguas no integran nóminas indiscriminadas. Por el contrario, todos existen en relación unos con los otros y no independientemente. No podemos imaginar un semáforo *que* sólo tuviera una instrucción, la luz roja de "deténgase". Si este signo existe es porque comparte su función significativa con otros, a los que se opone *en* algún sentido. El rojo de "deténgase" se opone al verde de "siga", y ambos al signo amarillo que indica "precaución". Es decir, existe en este código la luz roja porque frente a ella está la verde y frente a las dos está la amarilla. Es a esto a lo que se llama *sistema*; todos y cada uno de los miembros que lo integran están interrelacionados de alguna manera, como las piezas de un reloj. Igual sucede con las lenguas porque éstas son verdaderos sistemas de contrastes.

No cabe duda de que no existiría el tiempo pasado —comí— si *éste* no quisiera decir algo distinto y en cierto sentido opuesto a *como* en presente o *comeré* en futuro. Tampoco tendría razón la existencia de la primera persona verbal —Yo— si no compartiera su significación con otras unidades funcionales, con otras personas verbales: *tú, él nosotros*. etc. Lo mismo pasa con todos los signos de la lengua: los colores (*blanco/ negro*), los espacios (*ancho / estrecho*), los volúmenes (*grande /pequeño*), las temperaturas (*frío /caliente*) pero estos aspectos los veremos con detalle más adelante.

LOS NIVELES DE LA LENGUA

Los niveles de la lengua *son* varios: el fonológico, el morfosintáctico y el léxico-semántico son los básicos; después está el discurso. Todos están relacionados entre sí; el principio de oposición contrastiva rige el funcionamiento de la lengua a todos los niveles.

El nivel fonológico

El nivel fonológico, el más bajo de todos, está básicamente integrado por los fonemas, unidades correspondientes a clases de sonidos. En una palabra como *mesa* hay cuatro fonemas: m e s a; es la división menor que puede hacerse de esta palabra. Cada uno de estos fonemas es, por lo tanto, una unidad de carácter delimitativo y contrastivo, ya que cada uno de ellos se opone a otros de tal forma que si cambiaríamos alguno, cambiaríamos también el sentido de la palabra:

a
m e S a
i
u

Sin embargo, ellos por sí mismos, no significan nada.

El español tiene 23 ó 24 fonemas, según la zona del mundo hispánico a la que se haga referencia, lo que significa que, en teoría, nuestra lengua podría tener 23 ó 24 palabras compuestas por un solo fonema, 529 ó 576 compuestas de dos fonemas, y 279,841 ó 331, 776 compuestas por cuatro fonemas. *Naturalmente*

que esto es en teoría, pues en realidad en español no existen palabras compuestas por un solo fonema consonántico, ni son posibles muchas de las combinaciones aquí contadas (*ip, zm, spac, ulfr, etc.*). Con todo, véase la gran rentabilidad de estos elementos que, siendo muy pocos, pueden llegar a formar todas las palabras de la lengua.

El nivel morfosintáctico

Antes de llegar a la palabra, la combinación de fonemas *puede* producir otras unidades, los llamados morfema. Así, palabras como mesero por ejemplo, se descomponen en *mes er o*. Mesero se opone a mesera; hay por lo tanto una oposición *o/a* que indica género masculino/femenino. Pero *mesero mesera* se oponen a mesa lo que nos indica la presencia de otro morfema *-er*, que significa agente, persona que hace algo, como en cocinero, carpintero, cerrajero, etc. El morfema *mes-*, común a todas las palabras de la familia, es el morfema básico, el que conlleva lo esencial del significado nocional:

<i>Mesa</i>	
mesas	'dos o más mesas'
mesita	'mesa pequeña'
mesucha	'mesa despreciable'
mesota	'mesa grande'
mesero	'hombre que sirve la mesa', etc.

Hay ocasiones en que un morfema constituye una palabra: *tú, mes, flor, yo*, etc. Esto nos sirve para ejemplificar el hecho de que el morfema (coincida o no con la palabra) es la unidad mínima con significado propio que posee la lengua. Siempre los morfemas pertenecen a un nivel superior a ellos. Los morfemas, las palabras y sus posibles combinaciones para formar oraciones constituyen el nivel morfosintáctico de la lengua.

En este nivel las palabras se agrupan en clases, de acuerdo principalmente a ciertas características de su estructura y a la función que puede realizar *en* la oración. Véanse los ejemplos siguientes

Juan	compró	una	silla
El	prestó	unas	lámpara
Julia	compra	el	armario
Ellos	venden	una	cama
Luis	vio	las	mesas
Pepe	regaló	un	sofá

En primer lugar intercalan sus lugares *Juan, él, Julia, ellos, Luis y Pepe*; todos deben pertenecer a una misma clase de palabra, o, a lo más, a una clase y a una subclase. En efecto, se trata de nombres o de pronombres, categorías gramaticales que se distinguen formalmente por aceptar morfemas de género (*Juan/Juana*) o de número (*él/ellos*), aunque el nombre puede aceptar también otros morfemas, los llamados aspectivos, como son los diminutivos, aumentativos, etc. (*Juan/Juanito*). Con respecto a la segunda columna de palabras (*compró, prestó, comprara Venden, vio, regaló*) se ve que está integrada por unidades léxicas que aceptan morfemas de persona (*ella*

comprará/ellos venden), de modo y de tiempo (*compró/comprará*); por lo tanto, son todos verbos. Al revisar las dos últimas columnas nos encontramos, por una parte, con artículos (*una. unas, el. las*) Y por otra con nombres (*silla. lámparas, gavetero, cama, mesas, sofá*); los primeros aceptan morfemas de género y número (*un/una, la /las*), los nombres, ya lo hemos visto, aceptan también morfemas aspectivos: *sillita, lamparota, mesucha*. cte.

Si observamos detenidamente las oraciones de nuestro ejemplo nos damos cuenta de que todas tienen el mismo patrón sintáctico, es decir, están formadas por una frase nominal (*Juan, él...*) y por una frase verbal (*compró una silla, prestó unas lámparas*—). La frase nominal a su vez está compuesta por un nombre o por un pronombre (*Juan, ellos...*). La frase verbal, por su parte, consta de un verbo (*compró, prestó...*) más otra frase nominal (*una silla, las lámparas...*) y ésta consta de un artículo (*una unas...*) y de un nombre (*silla lámparas...*)

Frase nominal		Frase verbal	
	Verbo	Frase nominal	
Nombre (Pron.)		Artículo	Nombre
<i>Juan</i>	<i>compró</i>	<i>una</i>	<i>silla</i>
<i>El</i>	<i>prestó</i>	<i>unas</i>	<i>lámparas</i>
<i>Julia</i>	<i>comprará</i>	<i>el</i>	<i>gavetero</i>
<i>Ellos</i>	<i>venden</i>	<i>una</i>	<i>cama</i>
<i>Luis</i>	<i>vio</i>	<i>las</i>	<i>mesas</i>
<i>Pepe</i>	<i>regaló</i>	<i>un</i>	<i>sofá</i>

Ahora puede verse con más claridad que aquí hay un solo esquema sintáctico, y que sin embargo, podemos producir diferentes oraciones (con diferentes significados naturalmente) cambiando unas palabras por otras de la misma clase.

Si un solo y único esquema sintáctico es capaz de producir muchas oraciones diferentes, imagínese el poder creador que tendrán las lenguas cuando éstas también pueden producir muy diferentes tipos de esquemas sintácticos. Las diferencias que se observan entre la oración

Juan compró una silla y estas otras:

Juan quiso comprar una silla

Juan compró ayer una silla para su oficina

Juan, que compró ayer una silla, está disgustado con la compra La silla que compró Juan ayer izo es antigua

No me gusta la silla comprada por Juan

no radican en haber cambiado el vocabulario *que* las integra, sino en los esquemas sintácticos que poseen. Las lenguas forman éstos y otros muchos esquemas sintácticos diferentes mediante un sistema ordenado de reglas, subyacentes y subconscientes, que posee la competencia lingüística de los individuos.

Las clases de palabras suelen desempeñar funciones específicas en la oración. Los nombres y los pronombres suelen ser núcleos de frases nominales, los artículos y los adjetivos, modificadores de ese núcleo:

Una	silla	
Una	silla	antigua
	ella	

Las frases nominales son muy polifacéticas en sus funciones, pues pueden actuar como sujetos (*La silla tiene polilla*) y como objetos (*Juan devolvió la silla*).

El verbo, por su parte, suele ser el núcleo de la frase verbal; hay frases verbales que constan sólo del núcleo, pero otras están integradas además, por una o varias frases nominales y por modificadores:

<i>Pepe</i>	<i>lee</i>		
<i>Pepe</i>	<i>lee</i>	<i>el periódico</i>	
<i>Pepe</i>	<i>lee</i>	<i>rápidamente</i>	<i>el periódico</i>
<i>Pepe</i>	<i>lee</i>	<i>el periódico</i>	<i>por la mañana</i>

Existen otras clases de palabras muy importantes, las preposiciones (además de otros nexos); las preposiciones indican, entre otras cosas, el tipo de relación que tienen las frases nominales con respecto al verbo:

<i>Los chicos</i>	<i>a</i>	
<i>Compré unos libros</i>	<i>para</i>	<i>Alberto</i>
<i>Fue a la fiesta</i>	<i>con</i>	

En estos tres ejemplos, la frase nominal *Alberto*, que consta solamente de núcleo, desempeña diversas funciones de objeto; en el primer caso (*a Alberto*) es un objeto (o complemento) directo, en el segundo (*para Alberto*), objeto - indirecto y en el tercero (*con Alberto*) circunstancial.

El nivel léxico-semántico

Otro nivel importante es el semántico: Es el más amplio y abarcador de todos, pues no sólo estudia el significado de las palabras aisladas sino también el de las frases las oraciones y los discursos.

Se puede saber el significado de todas y cada una de las palabras que integran una oración y sin embargo no entender lo que la misma significa. Eso se debe a que

a) hay palabras que tienen más de un significado y, es el contexto oracional quien lo esclarece:

¿Quién *abrió* la lata de melocotones? (abrir = destapar) ¿Quién *abrió* la sesión del senado? (abrir = comenzar)

b) el sentido de la frase o de la oración no equivale a la suma del significado de cada una de las palabras que la integran. En un ejemplo como el siguiente:

—¿Cómo lo hizo Luis?
— ¡Por la maceta!

nadie deberá interpretar que *por la maceta* significa 'por medio del mortero' que es a lo que, sin embargo, nos llevaría a un análisis palabra por palabra, y la sintaxis, es decir, las relaciones de unas palabras con otras y de unas frases con otras desempeñan un importantísimo papel en la interpretación semántica de la oración: aun sabiendo el sentido de las palabras *Pedrito*, *empujar* y *Susana*, puede no interpretarse adecuadamente la oración.

Pedrito fue empujado por Susan

De hecho, sabemos por el capítulo anterior, que muchos niños entienden esta oración como Pedrito empujó a Susana, y es que no han interpretado bien porque les falta capacidad cognitiva para ello—la sintaxis de la oración, donde la preposición *por* que acompaña a *Susana* hace que esta frase nominal desempeñe la función de agente, no la de objeto.

El discurso

Pero rara vez nos encontramos con oraciones sueltas; lo más común es que estén unidas formando un párrafo o un conjunto de párrafos, es decir, un discurso. Los discursos son de varios tipos; los conversacionales son los más comunes—en la lengua oral— allí donde interactúan dos o más hablantes pero también los hay narrativos, discursivos, deductivos, líricos y, por supuesto, combinados. Cada uno de ellos tiene una estructura particular, aunque todos tienen un tema, una idea central, a menos que se trate de discursos incoherentes, e ideas secundarias.

RECAPITULACIÓN

La lengua —cada lengua, todas las lenguas— es un sistema (o mejor, un conjunto de sistemas) de signos de origen arbitrario, puesto que no hay ninguna causa inherente para darle nombre a las cosas que nos rodean y a las acciones que realizamos.

Estos signos están compuestos por unidades lingüísticas llamadas *fonemas* y se agrupan en clases de palabras, según su estructura formal y las funciones que pueden realizar en la oración.

Hay oraciones que, aunque parezcan diferentes, tienen exactamente el mismo patrón sintáctico, de manera que sólo se diferencian por el vocabulario que emplean. El hablante adulto que ya "sabe" su lengua, y que por lo tanto ha adquirido ya los mecanismos de funcionamiento de la misma, produce al hablar una serie de patrones o tipos oracionales que varían según las posibilidades combinatorias de los elementos que los integran; esto le permite formar un gran número de tipos oracionales, inclusive aquéllos que nunca ha dicho antes. Tal productividad aumenta notablemente (en teoría hasta el infinito) cuando el sujeto varía los elementos léxicos de un mismo tipo oracional. Esto es lo que autoriza a hablar del carácter creativo del lenguaje; pues está demostrada que un hablante no sólo emplea las oraciones que ha venido empleando siempre, sino que a cada paso tiene grandes probabilidades de producir oraciones totalmente nuevas para él. Es cierto que en muchas ocasiones repetimos ciertas frases hechas, ciertos clisés lingüísticos (fórmulas de saludo, de despedida, de duelo, etc.) pero esto no es lo general.

Lo más interesante de este mecanismo es que resulta capaz de crear un número infinito de oraciones con una nómina de elementos muy limitada. Sólo *cuenta* con 23 ó 24 fonemas y *unas* pocas categorías gramaticales (nombre, verbo, adjetivo, etc.), y *con* esto y un vocabulario también limitado como veremos, puede hablar de todo durante toda su vida. Se trata, sin embargo, de un mecanismo que es preciso adquirir completamente. Y para eso está la escuela.